

**Testimonio de vida de Don David Galante (zl) en el Museo de la Shoa en Buenos Aires,
Febrero 2009**

Don David partió, a la edad de 96 años, el 27 de julio de este año 2020, a las 6 de la mañana de 5780, fecha. Ya no se podrá oír su voz pausada, entregando su testimonio, pero queda su bendito recuerdo y el legado de resiliencia y amor.

Tuve el privilegio de conocerlo en febrero del año 2009, cuando él bondadosamente compartió su testimonio de vida con quienes participábamos en el Programa Morei Morim lehoraat haShoá.

Recuerdo haberme acercado a él para pedirle su testimonio, el que más tarde llegó vía mail a mi correo y es el que hoy día, como un homenaje póstumo, publicamos en Cuadernos Judaicos 37 (2020). Que su recuerdo sea bendición.

“Mi nombre es David Galante. Soy oriundo de la isla de Rodas, soy sobreviviente del campo de exterminio de Auschwitz, y como tal estoy aquí junto a ustedes para contarles lo que ví.

Ví a mis padres y hermanos, trabajar denodadamente para poder llevar el alimento a la mesa familiar y así poder subsistir.

Y vi a mi pueblo, plagado de anhelos y de sueños, tenaz en el esfuerzo, perseverante en el empeño, que un día fue expulsado de Rodas, nuestro mundo, para protagonizar el papel principal, en la página más dramática de la historia de la humanidad.

Vi un día a los Nazis desembarcar en Rodas, mientras caían las bombas aliadas y la guerra se instalaba en nuestras vidas de una forma que ni en la peor pesadilla hubiéramos imaginado.

Vi los bombardeos destruyendo las casas de la yudería.

Vi a nuestras familias destruidas entre los escombros y vi por primera vez la muerte que sombríamente empezaba a mostrar su peor rostro.

Vi mi casa destrozada, mis cosas destruidas, mi mundo aniquilado. Vi la orden que nos ordenaba presentarnos ante los nazis, con todas nuestras pertenencias y también con nuestro futuro.

Vi a los nazis sacarnos todo, golpeándonos violentamente para quedarse con nuestro dinero, con nuestros muebles, con nuestras joyas, para finalmente quedarse con lo más valioso. Nuestro destino.

Vi la ciudad de Rodas alejarse lentamente a mis espaldas, despidiéndonos hacia el más trágico destino.

Vi unas barcas infames en las que nos transportaron a los 1800 judíos de Rodas y Cos hacinados hasta el puerto del Pireo, sin comida, sin agua y sin ilusiones.

Vi a los barcos aliados mantenerse inmóviles ante nuestro paso hacia la muerte, sin oponer la menor resistencia.

Vi unos trenes que nos esperaban al llegar a Grecia. Ocho caballos u Ochenta personas decía la inscripción en el exterior del vagón.

Vi niños y ancianos golpeados y abandonados al no poder subir a los vagones, ni resistir el dolor.

Vi a mi alrededor hacinamiento, impotencia, asfixia, hambre, miedo, angustia, dolor y muerte, junto a un barril hediondo donde hacíamos nuestras necesidades y sólo una vez cada tres días paraban a vaciar.

Vi a través de una pequeña hendidura por la que apenas podíamos respirar, como atravesábamos distintos parajes, durante los interminables doce días que duró el viaje hasta Auschwitz.

Y juro que, hasta ese momento, todavía no había visto nada.

Porque en Auschwitz comencé a ver, lo que nunca debí haber visto, lo que nunca nadie verá, lo que mis ojos no podrán olvidar.

Vi al tren que se detuvo. Y a los kapos apaleándonos ferozmente al bajar del vagón.

Vi como nos iban separando a los hombres de las mujeres, a los viejos de los jóvenes, a los niños de sus padres, a los fuertes de los débiles, a los sanos de los enfermos y a los que se iban a la muerte de los que empezábamos a convivir con ella.

Allí, vi a mi padre, vi a mi madre y vi a mis hermanas por última vez en mi vida. Estos ojos, nunca los volverían a ver.

También vi como grababan un número en mi brazo. El número con el que intentaron reemplazar mi nombre y mi identidad B7328; el número que también hoy veo cada mañana al despertar.

Vi una barraca entre miles. Barracas donde la gente se hacinaba en camastros de a cinco y de donde nos levantábamos de madrugada en pleno invierno para trabajar e intentar sobrevivir, si conseguíamos esquivar a la muerte un día más.

Vi cuerpos muertos desparramados por el suelo. Primero uno, luego diez, cien, otra vez mil.

Vi los crematorios echando un humo negro por sus chimeneas y no quise ver allí a nuestros padres, a nuestros hermanos, amigos, hijos, sobrinos, tíos y abuelos que el viento apenas alcanzaba a desparramar.

Vi tratando de no ver, y esa fue mi única manera de sobrevivir.

Vi como el hambre se hizo cuerpo entre nosotros, simplificando la tarea de nuestros asesinos.

Vi como el deseo de sobrevivir no tiene límites y como el dolor nos hace insensibles.

Vi los cuerpos colgados de los que se rebelaron para que descartáramos cualquier idea de rebelarnos.

Vi locura y miseria. Vi arrogancia y tragedia. Vi el infeliz espectáculo de la vida y la muerte jugándose a cada instante.

Vi una bala perdida que rozaba mi nariz, para acertar en la cara del hombre que quedó tendido a mi lado.

Vi a mis hermanos abandonarse al dolor, quebrar las rodillas, dejarse caer. Vi a la impotencia triunfar sobre el valor y el dolor habitando hasta el último rincón del alma.

Vi mil cosas peores aún de las que acabo de contar. Pero no las querría volver a ver.

Sin embargo, recuerdo de manera recurrente, algo que escuché una y mil veces en las voces de los desahuciados y que todavía retumba en mis oídos.

Escuché claramente que decían: “Salgan, sobrevivan, sálvense, aunque más no sea para contarle al mundo lo que vieron”.

Esto, es lo que estoy haciendo hoy acá junto a ustedes.

Contarles lo que vi.

Sólo 160 de los 1800 que salimos de Rodas, sobrevivimos para dar testimonio.

Y estoy seguro de que no habría tenido que ver todo lo que les acabo de narrar, si el mundo entero no hubiera estado mirando hacia otro lado, mientras esto sucedía.

Lo que estos ojos vieron, nunca lo podrán olvidar.

Y les juro que seguiré contando cada detalle del horror que me tocó vivir, mientras mis fuerzas me lo permitan.

Esas fuerzas que el nazismo intentó doblegar hasta el último intento, aún cuando sabían que habían perdido la guerra.

Yo ya tengo 63 años de experiencia conviviendo con los negadores. Y nada de lo que digan podrá hacerme callar.

Y no es que les tema. Solo me pregunto cómo es posible negar.

Cómo poder negar el grito desgarrador de padres e hijos separados definitivamente por la muerte a la entrada del campo de exterminio, conminados a las cámaras de gas sin ninguna contemplación.

Cómo poder negar el millón y medio de niños que no conocieron la adultez por el solo hecho de haber nacido judíos.

Cómo poder negar el laboratorio del Dr. Menguele en el que ingresé por accidente, en donde no se conocían otros conejillos de indias que los seres humanos.

Cómo poder negar las mentiras con las que nos iban llevando hacia el campo de exterminio: “los llevamos a un campo de trabajo para alejarlos de conflicto”, “los llevamos a unas duchas para mantenerlos limpios” decía la misma persona que accionaba los controles de la cámara de gas.

Cómo poder negar los fusilamientos masivos de las einzatsgruppen, quienes obligaban a los mismos judíos a cavar las fosas adonde sus cuerpos caerían fulminados.

Cómo negar los ancianos apaleados y fusilados en los andenes solo porque sus cuerpos no tenían la fuerza suficiente para subirse a los vagones de la muerte.

Cómo negar la sistemática sustracción de identidades, familiares, ilusiones, culturas, lenguas, juventudes, miserias y esperanzas por millones.

Cómo negar la destrucción de comunidades, aldeas, ciudades, con sus colegios, sus sinagogas, sus negocios, sus fabricas, sus hospitales, sus parques y sus calles.

Cómo negar los cuerpos colgados junto a la barraca de aquellos que solo perseguían un sueño de libertad. Aquellos con los que nos tropezábamos cada día con la intención de disuadir cualquier intento de fuga o lo que es peor, alimentar la delación de compañeros y amigos.

Cómo negar el hambre al que nos sometían cada día con la intención de destruirnos moral y físicamente.

Cómo negar el olor a carne quemada que, corporizada en chimeneas de humo negro, brotaba de los crematorios recordándonos con dolor a nuestros padres, hijos, primos, hermanos y amigos que día a día perecían allí.

Cómo poder negar el destino trágico de mis padres, Rebecca y Abraham y de mis hermanas Rosa, Juana y Matilde.

Cómo poder negar.

Y por si a alguien le queda alguna duda, les cuento que todavía, a mis 83 años, aún resuena en mis oídos una voz, muchas voces. Las voces de aquellos moribundos que, con su último aliento, apenas alcanzaban a decirme: “No te entregues David, no te entregues. Sobreviví, aunque más no sea para contarle al mundo el infierno que viste aquí. Que no quede impune esta tragedia. Que nunca olvide el hombre por qué acabaron con nuestras vidas”.

Cómo negar lo que mis ojos aún no olvidan, lo que mi piel todavía siente, el amargo sabor que en mi boca aún persiste, el insoportable olor que en mi nariz perdura y esa inconfundible voz de los moribundos que retumba en mis oídos y me hace recordar una vez más por qué estoy hoy aquí.

Recuerden siempre. Porque olvidar es volver a matar a los mártires de la Shoah.

Muchas gracias.